

In
memoriam

VÍCTOR GARCÍA HOZ

Hay tópicos que se toman por verdades inconcusas. Uno es que hay que esperar a la muerte para que sean reconocidos todos los méritos personales. La envidia impide estimar los valores ajenos, pues los vemos como una amenaza. La otra es que hay un divorcio entre la teoría y la práctica. Los pensadores, los investigadores, los universitarios y los que diseñan las innovaciones, suelen estar alejados de la primera línea de fuego de las aulas en los niveles no universitarios. También hay un común sentir entre los creativistas: que las aportaciones novedosas suelen ser tempranas y posteriormente tienen un carácter de continuidad previsible. Víctor García Hoz, con la sencillez y la naturalidad de quien no tiene que esforzarse para ser oído, ha roto estos y otros muchos tópicos. Su prestigio, su liderazgo y su capacidad innovadora, se han mantenido incólumes a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, hasta el día de su muerte, el 18 de febrero de 1998.

El primer rasgo que siempre me impresionaba era su naturalidad. Jamás le vi fingir, ni para demostrar afecto, ni para ganarse al público, ni para impresionar al auditorio. Nunca le vi aparentar que sabía de lo que no estaba seguro. No intentaba deslumbrar. Había en toda su vida una verdad transparente. La exterioridad y la interioridad, la palabra y el pensamiento, lo que decía y lo que era, guardaban tan elemental coherencia, que ganaba el ánimo de los que le conocíamos. Su verdad ontológica, lógica y moral, según la triple distinción clásica, era ejemplar.

El consejo bíblico: “sed sencillos como palomas y prudentes como serpientes” lo aplicó como pocos, y el de: “poseed como si no poseyerais” lo había hecho carne y conducta cotidiana. Jamás le vi vanagloriarse de sus éxitos. Siempre ha sido un ejemplo de autodominio, de serenidad. “Nunca le he visto enfadado” declaran unánimemente sus colaboradores. Se situaba a distancia de sí mismo, con una ironía que era un signo de sabiduría. Estaba por encima de las circunstancias y de sí mismo. La humildad parecía en él conatural, pero tenía hondas raíces cristianas.

Un par de anécdotas ejemplificarán bien estas afirmaciones que, por generales, parecen menos convincentes y hasta obligadas en un artículo en memoria suya.

Asistí al acto de toma de posesión como Académico de Número de la Real Academia de Doctores. Comenzó con una reflexión irónica que le quitaba solemnidad -que no seriedad- al acto. El discurso de ingreso es preceptivo y sin él la elección queda inválida. García Hoz comenzó diciendo que los requisitos para formar parte de tan docta Academia ya quisiera cualquier estudiante que se los aplicaran a él. El nuevo académico elige el tema que prefiera, se documenta y lo redacta en casa, consulta cuantos autores desea, presenta públicamente su trabajo en la fecha por él elegida, se limita a leerlo, no le formulan preguntas y finalmente tiene seguro el aprobado.

Con motivo del homenaje que se le tributó en el salón de actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en 1997, los discursos fueron elogiosos, aunque no ditirámicos. En su contestación García Hoz dijo: “Al hilo de vuestras palabras iba surgiendo en mi mente la idea de que no había una exacta coincidencia entre la imagen que dibujabais y la que a mi modo de ver existe en la realidad... llegué a la conclusión de que la vuestra era superior con mucho a la mía. Y ante esta situación ¿qué hacer?... La respuesta fue: ¡Dios mío, ayúdame Tú a llegar a ser en realidad lo que mis buenos amigos acaban de decir que soy!”.

El intelectual, el pensador, en Occidente –frente a lo que ocurre en Oriente– es el hombre letrado, que sabe mucho, que tiene una vasta información y además, suele gozar de una inusual aptitud comunicativa. Pero su vida personal, la virtualidad de sus enseñanzas para configurar la existencia, su dignidad moral y su competencia para mejorar el comportamiento de sus alumnos, pesa menos y, con frecuencia, se oculta pudorosamente. Para algunos sedicentes intelectuales, eso sabe a “stablishment”, a moralina, y atenta contra la libertad de los lectores o de los discípulos. También hay quienes sostienen que el “pensador”, para mantener su libertad intelectual, ha de ser iconoclasta, y no es creativo si no rompe con las normas.

Don Víctor –que así le llamábamos siempre– ha preferido acercarse al ideal cristiano: un saber que no mejore la vida de nada sirve. Ha hecho suyas

las palabras de San Pablo: "aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles, si no tuviera caridad, vengo a ser como un metal que suena o una campana que retiñe" (Corintios, 13,1).

García Hoz sin confundir ni mezclar los valores, ni los enfrenta entre sí ni los desintegra. Oímos cada día que los valores estéticos no tienen límite moral, que la vida pública no tiene nada que ver con la privada, que "el negocio es el negocio" o que "las circunstancias obligan". Para él, la educación implica el pleno desarrollo personal, sobrepasar el hombre unidimensional para dar lugar a la eclosión de sus más nobles tendencias y de sus valores más genuinamente humanos. Mutilar el orbe axiológico es podar, dejar maltrecha la personalidad naciente

Su lapidaria definición de la educación ha sido asumida por casi todos: "perfeccionamiento intencional de las facultades específicamente humanas", que son las espirituales, el entendimiento y la voluntad. Las comunes con los animales están más allá de nuestro poder, pueden ser motivo de desarrollo natural, pero no objetivo de la educación.

La verdad, el bien y la belleza, que vienen impregnando el pensamiento occidental, al menos de una manera explícita desde Platón, alientan en todas sus páginas. Los valores intelectuales son los que se llevan la mayor y mejor parte de su obra. Pero conviene precisar su sentido, porque, aunque se inserte en una tradición multiseccular, deja, como en todos los temas, una huella creadora que a algunos parece sencilla, elemental, a fuerza de transparente, pero cuyo poder innovador es indudable. Ha hecho suyo el lema de Ortega y Gasset: la cortesía del filósofo –léase pensador y profesor– es la claridad. Nunca ha jugado a la oscuridad en la que no pocos se escudan para aparentar una profundidad que no es sino confusión. Ni tiene necesidad de anegar sus reflexiones en un mar de ajenas citas, escasamente contrastadas, a las que no pocos recurren para apoyar su pensamiento inseguro.

El educador nato que era don Víctor ha querido hacer realidad el lema de la *Didáctica Magna* de J. A. Comenio: "enseñar todo, a todos, totalmente". No se limita a teorizar como tantos pedagogos. Para entender su mensaje hemos de tener a la vista la práctica escolar en todos los niveles del sistema educativo, pero sin duda con una clara preferencia por la educación básica. Su orientación hacia la escuela primaria es patente y permanente. En su formación recordará la profunda influencia que ejercieron en él dos maestros, Jaime Díez Román y Marcelo de las Heras López, en su pueblo natal, Campillo de Aranda (Burgos), donde nació el 30 de marzo de 1911. Comenzó su vida profesional como maestro de enseñanza primaria en Beas de Segura (Jaén), en una escuela promovida por padres. Allí pudo experimentar sus ideas y comprobar el valor de la participación familiar y de la vinculación de la escuela con su entorno, que será uno de los ejes de su obra. Tras las oposi-

ciones reglamentarias ejerció de maestro nacional en Mejorada del Campo y en Madrid.

Cuando quiere establecer el eje cardinal y el quicio de la enseñanza, no duda en apuntar a la clásica triada de la escuela primaria: leer, escribir y contar. Gracias a los conocimientos instrumentales, se nos abren todas las puertas del saber, pero, cuando no se dominan, se frena o impide todo avance. Él amplía esa triada a lo que denomina lenguajes: verbal, matemático, plástico, musical y dinámico corporal. Ellos nos permiten leer, entender, expresar y comunicar toda la realidad.

Si hubiera que traducir toda su acción pedagógica en un término reciente, la inscribiríamos en la investigación-acción. Sus reflexiones arrancan de la experiencia, y las contrasta, las modifica y vuelve a reformularlas de nuevo.

Simultaneó sus estudios en la Escuela Normal de Maestros de Madrid y en el Instituto de Enseñanza Media San Isidro. En 1936 obtuvo la Licenciatura en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, y en 1940 se doctora en la misma Facultad. En ella consiguió la Cátedra de Pedagogía Superior en 1944, que desempeñó hasta su jubilación en 1981.

Su vocación y tenacidad para el trabajo era asombrosa. Al trabajo le otorga el rango de primera magnitud como medio y objetivo de la educación. Sus publicaciones son una buena prueba: cuarenta libros, casi todos reeditados, traducidos algunos al portugués y al italiano, que difundieron su pensamiento en todo el ámbito latinoamericano. A esto hay que añadir más de medio millar de artículos en revistas profesionales y actas de Congresos, y una ingente cantidad de discursos, conferencias y ponencias, difícil de cuantificar, en los escenarios más variados nacionales e internacionales. En todas partes demandaban su presencia, su palabra clarificadora y la orientación de su magisterio indiscutido.

Su capacidad organizadora le permitió crear o dirigir instituciones que proyectaron su influencia de una manera eficaz y permanente. Fue fundador y presidente de la Sociedad Española de Pedagogía, cuyos congresos bianuales han tenido una presencia multitudinaria de educadores de todos los niveles educativos y cuyas actas son la mejor atalaya para conocer la evolución de la pedagogía española en la segunda mitad del siglo XX. Como en alguna ocasión subrayó García Hoz, las conclusiones de estos congresos constituyen un código prospectivo de educación y podemos comprobar cómo se proyectaron en la política educativa, en las investigaciones y en las prácticas escolares, a las que se anticiparon y en las que con frecuencia influyeron. La revista *Bordón* ha sido el órgano de expresión de la Sociedad y una de las principales sobre educación en el ámbito hispanoamericano.

Como Presidente del Instituto San José de Calasanz del Consejo Superior de Investigaciones Científicas pudo dar un impulso notable a la investigación pedagógica y encontrar la oportunidad de llevar a cabo gran parte de las propias.

Esta capacidad organizadora ha quedado bien patente en el *Tratado de Educación personalizada* (1988-1997), que fue idea suya y que en todo momento inspiró y gestionó hasta en sus menores detalles, a pesar de que, cuando se inicia su publicación, contaba él ya con 77 años de edad. Treinta y tres volúmenes con más de 13.000 páginas han sido el fruto de su ambición teórica y de su competencia para la gestión. Llevó adelante esta gigantesca empresa dirigiendo y supervisando hasta en sus mínimos detalles la tarea de doscientos colaboradores europeos y americanos, además de su amplia aportación personal. Fue su última y magna obra en la que quemó energías que nadie sabe de donde extraía, entre los años 1988 y 1996. Era un proyecto que requería una clarividencia y una tenacidad que difícilmente podría haber llevado a cabo otro sin su prestigio, su talante y su talento. Apenas se encontrará un problema en un centro docente que no haya sido estudiado de una manera profunda, minuciosa, sistemática, en el *Tratado de Educación Personalizada*.

Desde 1963 hasta su muerte (18-II-98) formó parte del Consejo de Administración de Fomento de Centros de Enseñanza, con la responsabilidad de articular pedagógicamente todo el proyecto educativo. Ésta ha sido su gran oportunidad y responsabilidad institucional. Como hombre teórico-práctico, no podía contentarse con su docencia universitaria, su febril actividad publicista y sus investigaciones. Necesitaba encarnarlas en un proyecto, en un verdadero sistema, y esto pudo realizarlo gracias a esta institución que, en este momento, cuenta con treinta y seis colegios en los que se imparten enseñanzas de Educación Infantil, Primaria, Secundaria Obligatoria y Bachillerato, además de dos centros universitarios. Más de cuarenta y cinco mil alumnos se han formado en sus aulas, y en la actualidad asisten a ellas más de veintidós mil. Aunque se trata de una vasta empresa colectiva bajo la inspiración del Beato José María Escrivá de Balaguer, en donde prima la reflexión colectiva y el contraste con la experiencia, el pensamiento de García Hoz ha encontrado un campo fecundo para comprobar la viabilidad y pertinencia de sus ideas y donde han surgido no pocas de sus acertadas intuiciones.

Nunca ha dejado de ser coherente y consecuente, ni ha abdicado de sus convicciones por una pretendida popularidad, que, con frecuencia, es demagogia y servidumbre a las modas pasajeras. Y, sin embargo, su pensamiento no ha dejado de evolucionar, igual que nuestra existencia que mantiene una misteriosa identidad ontológica, en medio del fluir vital incontenible, como la corriente del río que nunca vuelve atrás. A él se le podrían aplicar aquellos versos de Gerardo Diego en su romance al Río Duero: Quién pudiera como tú, / a la vez quieto y en marcha, / cantar siempre el mismo verso, / pero con

distinta agua. Su primera obra, *Pedagogía de la lucha ascética* (1941), tiene un claro acento teológico moral. Sus *Cuestiones de Filosofía de la Educación* responden a la tendencia, predominante en los años 40 y 50, de interpretar los fundamentos de la educación a la luz de la filosofía tomista, con un enfoque fundamentalmente ontológico. Una visión global de la educación con una finalidad claramente docente, la encontramos en sus *Principios de Pedagogía Sistemática* (1960) que, durante tres decenios, ha sido manual y libro de consulta inevitable para estudiantes y profesionales de la educación. Establecer una visión panorámica, articulada de un modo original, de todos los saberes pedagógicos es una obra que justificaría a cualquier profesor universitario. Sus doce ediciones, cifra que posiblemente no ha alcanzado ninguna obra de pedagogía en España, es prueba de que venía a llenar un hueco en nuestros estudios, y de la relevancia de su aportación.

Pero aparte de estas tendencias –teológica, moral, filosófica y sistemática, de orientación fundamental, ya que no exclusivamente teórica– hay una línea empírica, de la que en cierto modo ha sido pionero en España. Fue uno de sus principales maestros, el padre Manuel Barbado Viejo, con el que mantuvo un largo intercambio intelectual en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, quien le hizo comprender la posibilidad de simultanear el enfoque filosófico y el experimental, ambos con el máximo rigor y en perfecta compatibilidad. Abierto a los nuevos rumbos de la pedagogía, don Víctor estudió a quienes iniciaron la Pedagogía Experimental: Ernst Meuman y Raymon Buysse en Europa, y Mac Call en América. Esto le convertiría en el adelantado de esta corriente en España. Su línea investigadora ha sido plural, como se patentiza en sus trabajos y en la dirección de numerosas tesis doctorales. De su vasta obra destacan, en esta línea empírica, *La investigación del profesor en el aula*, y especialmente sus trabajos sobre el vocabulario, que constituyen una contribución relevante. Son bien conocidas sus obras: *El vocabulario usual, común y fundamental: Determinación y análisis de sus factores*; *El Vocabulario General de Orientación Científica y sus estratos*; y *Estudios experimentales sobre el vocabulario*. En el *Test de reacción valorativa* aplica el vocabulario para determinar los perfiles valorativos de los alumnos. Tema enlazado con la motivación y quicio en toda educación.

De toda su ingente obra, si algo queda como una aportación definitiva, es sin duda su Educación Personalizada. Conviene recordar que el personalismo es un movimiento general con múltiples raíces y plurimorfías realizaciones, entre otras el padre Faure en Francia, Stefanini en Italia, Ismael Quiles en la Argentina o Ángeles Galino en la Institución Teresiana, que la ha difundido en sus colegios en los países latinos europeos y americanos.

Es en la década de los sesenta cuando va cristalizando su pensamiento en torno a esta idea medular. En 1967 publicaba un folleto importante *Educación Personalizada. La educación al servicio de la libertad*. Su obra capital y cita inevitable en este movimiento es su *Educación Personalizada* (1970), que

ya ha alcanzado 6 ediciones. Toda su producción posterior gira en torno a este tema clave. Destacan dos obras dentro del Tratado de Educación Personalizada: el volumen 6, *La Práctica de la Educación Personalizada* (1988) y el volumen 1, *Introducción General a una Pedagogía de la Persona* (1993). Y aún habría que incluir *Calidad de la Educación, Trabajo y Libertad* (1982) y *Pedagogía Visible y Educación Invisible* (1987).

García Hoz quiere integrar y superar con su Educación Personalizada los dos principios que penetran toda la pedagogía del siglo XX, el de la individualización y el de la socialización. El objetivo de la educación es la plenitud humana. La persona es unidad y totalidad corpoespiritual, que él caracteriza con tres rasgos capitales: singularidad, autonomía y apertura, lo que lleva a importantes consecuencias pedagógicas. La persona es conciencia y libertad para regir su propio destino, de ahí la importancia dada a la Orientación escolar, profesional y personal. El momento clave es la formulación del Proyecto Personal de Vida, con el que cada cual debe comprometerse de acuerdo a sus condiciones, motivos y a las posibilidades medioambientales de llevarlo a cabo. El orientador ayuda y colabora con el alumno, pero la decisión es siempre personal, indelegable.

Algunas de la técnicas desarrolladas en Fomento de Centros de Enseñanza tienen la clara impronta de su magisterio. A cada alumno se asigna un tutor, que le ayudará en todos sus problemas académicos y personales. Para este quehacer tan importante se asigna al profesor el 20 % de su tiempo.

El respeto y el cultivo de la singularidad es determinante. Al asignar las tareas, se tienen en cuenta las capacidades, las motivaciones y las experiencias personales. Se ofrecen actividades opcionales entre las que figuran la oratoria o las habilidades sociales, tan necesarias y tan descuidadas en nuestros docentes. Se realiza un diagnóstico inicial y un pronóstico de cada alumno, quien formula su Proyecto Personal de Mejora, al que le ayudan los padres y su preceptor. Ideas capitales de don Víctor como la evaluación referida a normas (comparación con el grupo) y a criterio (su propio avance personal) o el aprendizaje autónomo y en equipo son llevados a la práctica en estos centros. Cada alumno, cada profesor, cada familia, dentro de un proyecto común, mantiene un ámbito de autonomía para que pueda proyectar sus ideas y su personal iniciativa.

La dimensión social se cultiva haciendo que los alumnos se responsabilicen de tareas colectivas, desde cuidar los locales y los materiales hasta telefonar y visitar los enfermos para animarles y ayudarles en sus estudios. El Consejo de Curso, elegido por los alumnos, colabora con el profesor en la solución de los problemas. Todos deben dedicar un horario destinado a ayudar a los demás, a tareas sociales colaborando en residencias de ancianos, de minusválidos, campamentos juveniles, catequesis...

Se consensúan planes de periodicidad variable, desde semanales a trimestrales, que se proponen como objetivo la adquisición de alguna virtud y contribuyen a crear un excelente clima escolar de incesante superación, fruto de una disciplina libremente asumida.

La dimensión de apertura se concreta en estimular la comunicación, el cultivo de la capacidad receptiva y expresiva, y la relación con la Trascendencia. La comunicación presenta singulares exigencias en nuestro tiempo, lo que ha llevado a la temprana enseñanza del inglés y a la informática. En ocasiones se utiliza Internet para relacionarse con las familias.

Los padres ejercen un protagonismo constante en todos los órdenes. Más de seiscientas reuniones y de cuarenta mil entrevistas son un índice de la intensidad de las relaciones con las familias en estos centros. Lo importante es que el alumno desarrolle todas sus potencialidades y se abra a los demás. Y para ello hay que conjugar todos los factores que configuran la naciente personalidad.

Los profesores son un elemento capital del sistema, pero esta afirmación no puede quedar en una incomprometida declaración de principios. Formar a las nuevas generaciones para el siglo XXI, con los parámetros de medio siglo atrás, cuando estudiaron los profesores actuales, es una incoherencia y un fracaso. De ahí la preocupación de don Víctor por la formación permanente del profesorado. El Plan de Perfeccionamiento de Profesores -más de mil quinientos- es también una iniciativa de don Víctor. Conviene recordar, en esta misma línea, los cursos diseñados e impartidos en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Complutense de Madrid y en numerosas instituciones, que le permitieron atender a este flanco, nunca suficientemente atendido, de nuestro sistema educativo.

La pedagogía es saber de vida, según Víctor, y por eso acompaña a todas las edades, para llevarlas a su plenitud específica. La educación permanente, en él, cobra un sentido vital. A medida que avanza la edad y cuando a tantos asedia la tentación del desencanto, de estar de vuelta de todo, de perder la ilusión por los compromisos sociales, García Hoz sigue en la brega ofreciendo métodos, ideas, e ideales que den respuesta a las demandas educativas de cada edad. En él la educación permanente no es mero aprendizaje de saberes y habilidades, sino, ante todo, de actitudes, normas y valores que llenen de sentido la vida.

En el Seminario Permanente de Educación Personalizada, donde contrastaba y pulía sus ideas, se discutió sobre el fin último de la educación, y alguien sugirió que era la felicidad. Don Víctor respondió que era demasiado ambicioso, inalcanzable en esta vida, pero sí era un objetivo asequible la alegría. Esta idea surgiría en plena madurez, ya en la tercera edad, con un cora-

zón débil que le obligaría a más de un trasplante de marcapasos, pero que no pudo dobligar su temple optimista.

Bien conocidos son los tipos humanos que han imantado el quehacer educativo: el “homo sapiens”, el “homo faber”, el “homo ludens”, o los de Spranger que tan bien conocía García Hoz: Utilitario, Deportivo, Teórico, Estético, Social, Político y Religioso. Él quiso añadir uno, el “homo **gaudens**”, que respondía muy bien a sus particulares necesidades y que, sin duda, es una novedosa dimensión de la educación actual. Porque la alegría surge de la “obra bien hecha”, que es una de sus constantes recomendaciones. Demanda una estimativa abierta para percibir y asombrarse del infinito orbe de valores que nos circunda, frente a la actitud cotidiana de insidia, incomprensión y la incapacidad de ver los valores de los demás, por la envidia y el resentimiento, y por considerarlos como un riesgo para nosotros. Superar esto implica un denodado esfuerzo, como todo lo educativo. La alegría se gana, se conquista, se contagia. Don Víctor se rodeaba de un espacio de serenidad y de alegría que dejaba un poso de paz en el espíritu de los que le trataban. Nunca le vi discutir agriamente. Ante las situaciones graves, a veces límite, su lema era: haz lo que puedas, da ejemplo, comprende a todos y, cuando has hecho todo lo que está en tu mano, déjalo en manos de Dios.

Víctor García Hoz, por su colosal tarea y su ejemplar personalidad, ocupa un lugar preferente en la pedagogía española del siglo XX.

Ricardo Marín Ibáñez
UNED